

DF-CDMX
Marca registrada



Celorio, Gonzalo, 1948-

DF-CDMX *Marca registrada* -- México: UNAM, Plantel Naucalpan, Academia Mexicana de la Lengua, 2020. 220 pp.

(Colección La Academia para Jóvenes, 8).

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-3452-4 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra Completa Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-98717-9-6 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Foto de portada: Primitivo Rodríguez.

Primera edición: septiembre de 2020.

D.R. © UNAM 2020 Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán, CP 04510, CDMX.

D.R. © 2019 Academia Mexicana de la Lengua, Iztaccihuatl 10, Florida, Delegación Álvaro Obregón, CP 01030, CDMX.

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-3452-4 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra Completa Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-98717-9-6 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México – Printed in Mexico.



Gonzalo Celorio
DF-CDMX
Marca registrada



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



Índice

PROEMIO, Benjamín Barajas	9
INTRODUCCIÓN, Felipe Sánchez Reyes	11
NOTA	17
EL VIAJE SEDENTARIO	
1. Modo de muerte	21
El jardinero	21
El tragafuego	23
El teporocho	23
El zapatero	24
La sirvienta	25
El cargador	26
La actriz	27
El voceador	28
La María	28
Los borrachos	29
La puta	30
El afilador	31
El basurero	32
El vuelve a la vida	32
El pordiosero	34

2. La casa	37
3. Mis libros	55
4. Mercado	69
5. El velorio de mi casa	71

MÉXICO, CIUDAD DE PAPEL

1. México, Ciudad de papel	91
Uno	91
Dos	95
Tres	103
Cuatro	115
Cinco	119
2. Tiempo cautivo, la Catedral de México	125
Uno	125
Dos	126
Tres	128
Cuatro	130
Cinco	132
Seis	134
Siete	136
Ocho	137
Nueve	140
Diez	140
3. Arquitectura fantástica mexicana	143
4. El noble bruto y el bruto noble	157
5. Centro descentrado	167
6. De Bernardo de Balbuena a Salvador Novo.	
Ocasiones de contento	173
7. Con su música a otra parte	191

Introducción

ESTA VEZ LAS sirenas no tenían la intención de seducirnos ni devorarnos como a los tripulantes de la nave de Ulises, sino de acogernos en su casa, en su seno, y mitigar nuestra sed de ese sábado caluroso, a las cuatro de la tarde, después de recorrer el primer cuadrante de la ciudad con Vicente Quirarte. A la Casa de las Sirenas varadas acudimos Quirarte, sus dos amigos entrañables, Hernán Lara Zavala y Gonzalo Celorio, y nosotros sus alumnos de posgrado, dispuestos, como señala su libro *Y retiemble en sus centros la tierra* (1999), “a oír el canto que de ahí proviniera y a arrostrar todos los peligros”, porque como señala *Amor propio* (1992): “para nacer hay que romper un mundo”.

Gonzalo Celorio en sus obras nos describe embelesado la imponente Catedral y la sensualidad femenina. A la primera le dedica en otro de sus libros *El viaje sedentario* (1994), el apartado “Tiempo cautivo”, y



así nos la representa “la ves de abajo arriba, como si desnudaras a Jimena desde los zapatos hasta el lazo que le anuda la cabellera, [...] recorrerla palmo a palmo, sin que se te escape ningún detalle, ningún ornamento, ningún lunar, ninguna cicatriz”; y en la segunda, se detiene placenteramente en algunos apartados de su libro *Y retiemble en sus centros la tierra*: “por el cabaré La Fuente te esperaba Ana Bertha Lepe casi desnuda, [...] esas piernas maravillosas, trepar por sus muslos, escalar sus pechos descomunales, acercarte a la carnosidad de sus labios entreabiertos, al brillo de sus ojos incendiados. Ana Bertha Lepe, diez gramos de ropa”.

Celorio, como su amigo Quirarte, posee una gran pasión por los libros y la escritura, la poesía y la ciudad, su eterna amante. A los libros y a la escritura se acerca desde su infancia, gracias a la formidable biblioteca familiar de su casa paterna. En esa etapa descubre no sólo que su “caligrafía podía atorarse en un renglón y suspenderse como una mancha de tinta a la mitad de la página”, como indica el su obra *Y retiemble en sus centros la tierra*; sino también que quiere cautivar, como señala en *El viaje sedentario*: “el tiempo en el espacio de la escritura”. Mientras que en la adolescencia se acerca a la poesía y la ciudad.

En el presente libro **DF-CDMX** *Marca registrada*, Gonzalo Celorio nos narra el amor por su barrio de Mixcoac, donde vive dieciséis años; por el centro de la ciudad,





al que ha destinado sus tres primeras novelas, así como a cada uno de los pasos que le ayudaron a convertirse en escritor. A través de su descripción lírica y ágil, descubrimos sus primeras herramientas para convertirse en literato, tal como se describe: “en el embrión de todo escritor, siempre hay un lector ávido y apasionado, y lo que forma la Universidad son lectores críticos”.

Celorio nos narra su primer trabajo y primer libro comprado con ese salario, su primer libro sustraído y el apoyo de la biblioteca del padre —exiliado español en México—; sus lecturas en textos de las bibliotecas y su enorme deseo de poseer los libros que leía en esa etapa estudiantil en la Facultad de Filosofía y Letras. De la lectura adquiere su amor, vicio y pasión por adquirir los libros que lo acompañan en su casa, como un amigo al que acude porque “guarda silencio y adquiere una actitud discreta de cara a la pared”.

Celorio ama la compañía de sus libros, no los presta, pero sí los comparte y contagia su entusiasmo por ellos en los cursos que imparte, porque “ellos me han echado a ganar la vida”.

Felipe Sánchez Reyes

DF-CDMX
Marca registrada

El viaje sedentario





1. Modo de muerte

El jardinero

VIVO EN EL corazón de Mixcoac. No al lado del parque o la delegación, sino del mercado. Es hiperbólico pero aceptable decir que abro el postigo y la ventana para comprar jitomates y crisantemos. Entre moribundos estanquillos, expendios de dulces y cigarros, almacenes de muebles de lámina disfrazados de madera y muebles de madera disfrazados de acero, mi casa ostenta peligrosamente, clandestinamente, un jardín invulnerado. Paréntesis en medio de la basura desperdigada por la calle, las ratas nocturnas y los peatones diurnos, goza y gozo, entre otras primaveras, de una glicina centenaria. Sólo he visto otras dos glicinas en la ciudad: una —hija de la mía—, en casa de mi casera, también en Mixcoac; otra, que se encaramaba por las paredes de una casona como de campiña inglesa en la avenida de la Paz, San Ángel, donde instalaron no hace mucho una oficina



federal de Hacienda, un banco y un merendero de crepas, y que fue salvajemente derribada, supongo que por motivos de estacionamiento.

Pero no es de la glicina que quiero hablar ahora, sino del jardinero que pasó por casa y la vio, desbordada por la reja —una de sus ramas, con sus hojas tiernas casi grises y sus flores lilas, enroscada en la antena de televisión de la casa vecina.

Tocó a la puerta. Era un anciano. Antes de hablar me enseñó con calma de protocolo unas tijeras de podar tan viejas como él, muy callosas de los mangos, muy romas de las hojas, oxidadas.

—Soy el jardinero —acabó por decir, y esperó mi respuesta: que no, que muchas gracias, que ya... Pero no me oyó. Dijo:

—No vaya usted a creer que vengo a molestarlo buscando trabajo o que ando pidiendo nomás por pedir. Yo soy *El jardinero* —y el artículo me inspiró más respeto que su edad—. Mire, aquí están mis tijeras, no vaya usted a creer... —y las abrió y las cerró trabajosamente.

Como pago retroactivo, como jubilación, como impuesto por tenencia de glicina, como suscripción a la nostalgia, no sé como qué, pero no como limosna, le di unos pesos y se fue en busca de otro jardín.

¡Cuánto habrá caminado con sus tijeras credenciales antes de encontrar otro árbol!

El tragafuego

Qué incorruptible la lengua, que llama *tragafuego* a quien simula despedirlo. Cuánto más cómodo llamarle *lanzallamas*: dragón humano, heredero de la poderosa estirpe de bestias mitológicas apenas doblegadas por Tristanes y San Jorges; o artífice temerario que domina al elemento y quema sin quemarse. Pero no, demasiado vieja para tragarse el juego del fuego, quien llama no le llama *lanzallamas*; le llama *tragafuego*. Fuego que se traga y que incinera todo lo que media entre la lengua y los pulmones, todo lo que tiene que ver con la respiración y el gusto.

La lengua, tan incorruptible para llamar, se corrompe —se rompe, se escalda, se quema, se atrofia, se destroza—: es llama y llamarada en la esquina de Revolución y Molinos, día y noche, durante los efímeros e implacables rojos del semáforo, por lo que sea su voluntad.

Mi voluntad.

El teporocho

Entiendo que, entre las varias etimologías fantásticas que ha suscitado la palabra *teporocho*, una se sustenta en una proporción aritmética: tres por ocho. Tres tantos de alcohol por ocho de refresco. El eufemismo de *Jefe*, *caite con un peso pa' mi refresco* no es gratuito. Refiérese al ingrediente mayoritario: ocho tantos de Lulú roja por tres de alcohol potable de 96 grados, que ciertamente

no se vende en la farmacia sino en la vinatería.

Tres por ocho, teporocho.

Tres tantos de alegría más bien acomedida por ocho de aplastamiento.

Tres tantos de ojos brillantes y carcajada embarrada de aguacate robado por ocho de idiotez, de muerte ratona, pavimentada, chiclosa, inadvertida.

Tres tantos de *Jefe*, caite con un peso pa' mi refresco por ocho de rencor.

Por desgracia, el teporocho es absolutamente inofensivo.

El zapatero

Zapatero no sólo es el que hace zapatos o los vende, como aseguran los viejecitos de la Academia de la Lengua. Zapatero también y más que nadie, es el que compone, el que repara, el que renueva los zapatos usados. Pero el oficio desaparecerá antes de que la Academia lo incluya en su definición. Ya pasó el tiempo en el que la vida de los zapatos estaba dividida por la media suela. Ahora los zapatos suelen tirarse a la basura cuando tienen hambre o sed —cuando, descosidos o agujereados, simulan bocas que se abren al caminar para morder el polvo de la calle o beber el agua de los charcos—; ahora los zapatos se agrietan por arriba antes de que se perforen por abajo y, claro, ya no hay ningún remedio. Además, la cultura del *kleenex*, del *criquet*, de la *gillette*, del *quitapón* y —ay— de



los tennis nos ha educado a cultivar, mejor que los barrocos, el arte del desperdicio. Los zapatos también son desechables. Antes no lo eran, aunque llegaran a su fin, de eso se encargaba precisamente el zapatero. No había mejores zapatos que los acabados de pasar por su refrán. Domados, viejos amigos, cómplices de andanzas y de correrías y al mismo tiempo nuevos, llenos de esperanza.

Cada vez hay menos zapateros, de esos de calle, de horma y martillo y de clavos en la boca, como el que murió sin descendencia la semana pasada en una de las esquinas del mercado de Mixcoac. Acabarán por acabarse, como el oficio ingenuo y sensualón del zurcidor de medias de mujer —de la época de la raya y el talón negros—, que por cierta asociación de ideas se practicaba en los mismos establecimientos olorosos a cuero y a betún donde se reparaba el calzado.

La cultura del desecho no sólo ha asesinado al pañuelo y su lenguaje—consignado en deliciosos manualitos—, al encendedor recargable, a la brocha de afeitar, a la pluma fuente y sus rituales, sino también al más noble y literario de los oficios, el de zapatero. Y aquí se me confunden la nostalgia y la lucha de clases. Lo cierto es que uno ya no se puede encariñar con nada, ni con el más elemental sustento, ni con el más íntimo transporte: los zapatos.



La sirvienta

Estudios sociológicos y estadísticos la llaman con falso decoro *empleada doméstica*. La lengua hablada le dice *sirvienta*, *criada* o *muchacha*; de manera eufemística, *secretaria* y aun *compañera*; de manera metafórica y peyorativa, *gata*. Pero generalmente se le nombra con el nombre de un pronombre: *ésta*.

A modo de ejemplo de tal sustitución pronominal, dejo caer algunas frases recogidas en ese momento incómodo en que espero a que mis hijos salgan de la escuela:

—¡Cómo quieres que esté, si no llegó ésta!

—Éstas ya no son las de antes. Están destinadas a desaparecer.

—A éstas les das la mano y te agarran el codo.

—No es el sueldo. Yo a éstas les doy agua, luz, casa, agua, gas y hasta cariño, de veras. Comen de lo de uno. Yo las trato como iguales.

—Yo a éstas las trato como hijas. Y así responden.

—Estamos en manos de éstas.

—Con éstas no se puede.

—No, la verdad es que éstas no tienen nombre.

Ciertamente, éstas no tienen nombre. Ni siquiera nombre.

El cargador

De quienes ganan sin comodidades metafóricas el pan con el sudor de su frente, el cargador es el más cercano



a la bestia. No hablo del que carga su mercancía: mesas de planchar y sillas de palo o habitadas jaulas de pájaros; no hablo del equilibrista que transporta altísimas columnas de periódicos en la parrilla de su bicicleta o descomunales canastos de conchas, orejas, cocoles, bolillos y teleras en la cabeza. Hablo del que no merece siquiera la atención pintoresca y paternal del folclor, del que no tiene nombre interesante ni carga risueña o colorida. Hablo del que usa la cabeza para cargar costales de cemento y de cal; del que, confundido con su carga, gris o fantasmal, apenas se ve.

La actriz

En espera de que el silbato me traiga a Linda metida en una carta o de que el grito *gaaaaaas, gaaaaaas licuado* se haga tanque de treinta litros, la he visto pasar. Postizos los cabellos rubios, postizos los dientes, postizas las pestañas, postizos los lunares, postizos los rubores (quizá no sea ella, sino otra: postiza el alma y postizo el recuerdo). Al verme parado en la puerta de mi casa, olvida por unos segundos las prótesis, las papadas sucesivas, las várices, los pellejos, los reumas, y me dice, con impostación de vampiresa, con jadeo de segunda tiple, de lo mucho que gozaríamos ella y yo si no la tuvieran bastante encarcelada por las noches.

En Tiziano 34, a tres puertas de la mía, hay un letrero que dice **CASA DEL ACTOR**. No es una asociación, no es un club, no es un sindicato. Es un asilo donde

trasnochan quienes no encontraron, después del último mutis, mejor decorado, mejor utilería, mejor papel. Del letrero se han caído dos letras, pero a su lado todavía están pegadas, con la persistencia del lugar común en que se encuentran pintores del Jardín del Arte y declamadores sin maestro, las dos caretas: la que llora y la que ríe.

El voceador

Aunque en su voz de juglar amañada para vender la noticia más fresca de la tarde repercuta la tradición oral, es ilegible que el voceador esté limitado estrictamente a lo que su nombre indica y no pueda leer el periódico que grita.

La María

Contra nuestras muchas aprensiones y el poco tiempo que tenemos para disuadirlas, el ritmo de la ciudad, paradójicamente, se ha vuelto provinciano: tardamos horas en recorrer el Periférico como si fuéramos a caballo: esperamos para abordar el pesero como quien se dispone a emprender un viaje en barco o en ferrocarril; dilatamos en comer un sándwich las dos horas que podrían mediar plácida, sensual, chismosamente, entre el aperitivo y la siesta; aplazamos nuestra asistencia a la exposición o a la película o a la obra de teatro hasta que pasa de moda y ya no provoca ninguna conversación, igual que en provincia. Con la diferencia, claro, de

que el claxon y el semáforo, la cita en Naucalpan a las cinco, las colas infinitas para comer, para ver, para oír, para reír, para comprar cigarros, para cambiar el cheque... , nos tensan las manos, nos muerden los labios, nos aprietan los dientes, nos encogen los dedos de los pies, nos fruncen las cejas, nos marchitan las comisuras, nos irritan los ojos, nos comen las uñas.

De todos los que aquí vivimos y morimos, sólo María —y la palabra acoge generosamente bajo su manta de satén magenta a cuanta mazahua y otomí llegan a nuestros camellones desarbolados— conserva la calma de la montaña. Al borde del atropellamiento, con su caja de *kleenex* o de *bubble-gum*, en medio del tráfico, siempre en luz amarilla, borda —borda, y la palabra adquiere resonancias de arcaísmo— los holanes del gorro del niño Jesús que trae amarrado a las espaldas.

Los borrachos

De un garrafón forrado de periódico, el Güero sirve clandestinamente jerez Tres Coronas en unos vasos de plástico opaco, que su mujer condecora con yemas de huevo. Con esta libación, los que anoche se enfrascaron en la palabra y en el pomo inician la ceremonia de la cura de la cruda alrededor del puesto de jugo de naranja. Un clavo saca a otro clavo, reza el refrán que inútilmente se endilga a las penas de amor pero que más conviene a las penas de hipo y acidez,

de vómito y mareo, de sed insacable y lengua pastosa, de náusea y sudor frío, de párpados de vidrios rotos sobre ojos inyectados. El jerez dulce, de suyo generoso, asienta el estómago y conduce necesariamente a la cerveza helada que asienta la nuca y la pisada: es como llegar a tierra firme tras el naufragio. Después del primer trago de cerveza, siempre largo, no es posible contener la interjección propia del alivio y el regreso. Pero al alma sólo la asienta el tequila; aprieta todas las vértebras dislocadas en la palabra nocturna y recobra, para quien lo exhala, la postura perdida en la carcajada, en la queja, en el llanto, en la confesión de anoche. Para que la cuña apriete ha de ser del mismo palo. Cuando al tercer tequila de pico de botella, entre las defensas de los coches estacionados en la calle de Tiziano, empiezan a sudar los párpados, la cruda está curada porque cruda sudada, cruda curada.

Salucita. Y otra vez la carcajada y la queja y el llanto y la confesión. Salucita. Y la noche.

Al amanecer, el Güero sirve jerez Tres Coronas en unos vasitos de plástico opaco, que su mujer condecora con yemas de huevo...

Nunca el círculo fue más vicioso.

La puta

Lugar común, Cenicienta es acogida por el Hada Madrota.

Todo se transforma: el andrajo se convierte en tul,

los poros abiertos y oscuros de la cara se emplastan con *revlon* güero, las transpiraciones se sofocan con *ossart*, los huaraches se vuelven zapatos de cristal plástico muy durable.

Cenicienta en el bailazo; el Hada Madrota en la supervisión.

Como a eso de las cinco o cinco y media a. m., más o menos, empieza a desaparecer el encanto.

El afilador

Como voces de agonía; como susurros de estertor ante, bajo, cabe, con, contra, en, entre, sobre, tras los cláxones contagiosos, los camiones malhumorados al arrancar y al parar y al bajar y al subir, los aviones y los ferrocarriles que atraviesan la ciudad, los *headers* y las motos juniors buena onda... todavía se oyen los alientos, las percusiones, los metales, los cantos de quienes llevan el taller, el servicio o el producto a la colonia Mixcoac, a la calle de Tiziano, a la casa 26 (casi siempre por causa necesaria, tal el caso, menos ingenuo que ingenioso de aquel pintor de brocha gorda que anunciaba su oficio y su maestría en un cartel digno de figurar en ortodoxos manuales de retórica: *SE PINTAN CASAS A DOMICILIO*): la campana de la basura, las campanillas de las paletas heladas, el bufido climático de plátanos y camotes, el silbatido guajolotoso del policía de tránsito o el desahuciado del cartero o el chillante del globero, el grito mandibular de los que

aún pregonan el gas, la miel de colmena, los asesinatos y pesquisas y violaciones y demás amarillismo de nota roja que ocurrieron anoche en mi colonia, acaso en mi calle, acaso en mi casa.

Un oficio que grita con sus agudezas las agudezas de sí mismo, un oficio que se anuncia con escala filosa y ascendente, un oficio que recuerda con su voz sucedánea el tránsito del juglar al comerciante, un oficio que funde en un solo y maravilloso mecanismo el transporte y el taller, el medio y el fin... es el chisporroteante, el pulimentado oficio de afilador.

No puedo describirlo. El afilador es una metáfora.

El basurero

La palabra no hace distinciones entre el lugar en que se deposita la basura y quien la recoge y la transporta. Por algo será.

A pesar de su pregón superviviente, de su chiflido, de sus boleros trasnochados, lo atropellaron en Tiziano y Miguel Ángel.

A pesar de su pestilencia kilométrica a universo desechable, lo atropellaron en Tiziano y Miguel Ángel.

A pesar de su color naranja calipso y preventivo, salpicado de negros lodos y ascos verdes, basurero gigantesco y profusamente ornamentado de por medio, lo atropellaron en Tiziano y Miguel Ángel.

Aliento desalentado de ave de carroña, piel cubierta de infecciones, basurero al basurero.

El vuelve a la vida

En una de las esquinas del mercado de Mixcoac se abre *La Playa*. Hace algunos años sólo contaba con cuatro asientos giratorios del lado de Revolución y otros cuatro del lado de Molinos y había que hacer cola para echarse, en días de cruda, una cerveza bien fría y un *vuelve a la vida* —abulón, pulpo, jaiba, caracol, ostión y camarón que mezclan sus esencias y sus jugos, felizmente condimentados, para cumplir la promesa de su nombre.

Hoy *La Playa* dispone de tres locales que se alternan con otros tantos de *La Roca*. *La Playa* tiene mesas y sillas anaranjadas; *La Roca*, mesas y sillas guindas. Las anaranjadas están siempre llenas; las guindas, siempre vacías. Tal disparidad sólo se entiende después de haber comido en *La Playa* el *vuelve a la vida* o la sopa de mariscos, los camarones al mojo de ajo o los pulpos en su tinta, las empanadas de jaiba o las quesadillas de cazón, la mojarra frita o el guachinango empapelado.

Para darse abasto e impedir que sus frustrados clientes se estrellen en la competencia de *La Roca*, *La Playa* estaciona todos los días, sobre Molinos, una camioneta combi, ingeniosamente acondicionada, en la que pueden comer con bastante comodidad hasta ocho personas. Uno llega, se sube a la parte trasera, que ofrece dos asientos encontrados frente a una mesa de aluminio y, mientras oye Radio *AI* o *La Tropical Grande* de México, se zampa a ritmo de

son, de guaracha o guaguancó una docena de ostiones en su concha —con su limoncito y su salecita y su cilantrito y su cebollita y su aceitito y su salsita popular de chile habanero El Yucateco— que apenas ayer estaban disfrutando de las aguas, mitad dulces, mitad saladas, de la laguna de Tamiahua.

En el más tumultuoso y pavimentado exponente del altiplano central, a la vera de los camiones de la Ruta 100 y de los ensordecidos peatones que se esfuerzan denodadamente en tripularlos, metido en una combi, con la insustituible compañía de una cerveza, pido mi *vuelve a la vida*.

El abulón, el pulpo, el trompetista desdentado que sopla *El hombre del brazo de oro* desde hace tres décadas, la jaiba, el sordomudo que dice serlo en un letrero que trae colgado en el cuello, el caracol, el ciego que pide limosna en las mesas vacías de *La Roca*, el ostión, el bolero famélico y su perro gemelo, el camarón... , mezclan sus esencias y sus jugos y me vuelven a la vida.

El pordiosero

El hambre inventa oficios. El hambre también finge atrocidades, aunque siempre menores a sí misma.

Agotada la imaginación, y por tanto las ganas y las fuerzas, para inventar oficios o para fingir atrocidades, el mendigo que sólo pide por amor de Dios —supremo aval de su petición: *que Dios se lo pague*— se quiebra bajo el peso de la tradición picaresca: desde



los lazarillos formados a palos por ciegos mezquinos que huelen y tocan la trampa y escudriñan con los ojos del alma las intenciones perversas; los mozos de miserables fijos de oscuros linajes y faltriqueras vacías; los ganapanes de falsarios bulderos de santas cruzadas, montadores de milagros y decidores de oraciones; los sacristanes roedores de bodigos; los pregoneros de almonedas, vinos nuevos y honras manchadas; los pupilos de alguaciles farsantes, capellanes avaros y maestros de pintar panderos, hasta los merolicos de inusitada etimología y digna verdad, los sorpresivos y asaltantes lavadores de parabrisas, los sensibles faquires que se acuestan sobre vidrios de botellas de cerveza, los dadores de toques eléctricos, los curadores verbales de hemorroides y de impotencias, los coyotes de verdes dientes y afilados colmillos, los movedores de panza agusanada.



El mendigo que sólo pide por amor de Dios ha recibido la más brutal de las cornadas que da el hambre. El hambre, que desde tiempos inmemoriales ha avivado la imaginación y ha creado la cultura, al mendigo acabó por comerle la agudeza y el ingenio: por amor de Dios.